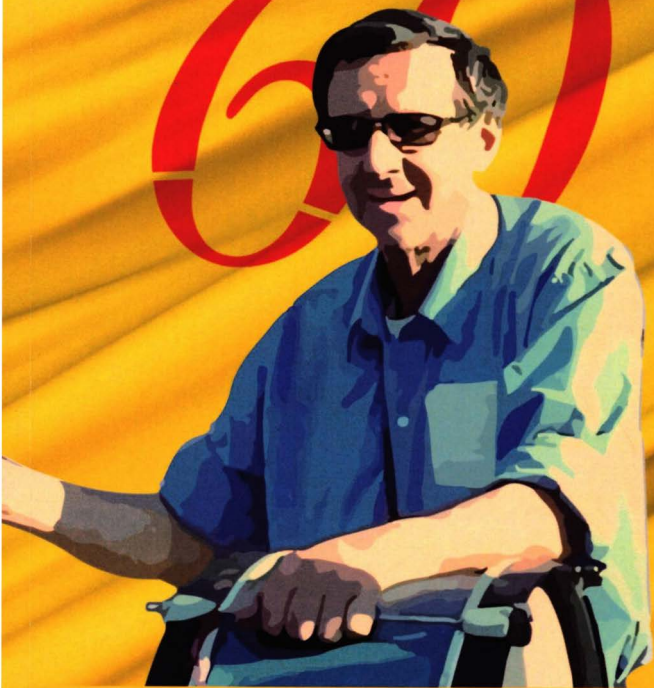


Alejandro "El Gitano" Ulloa

la



UNA CONSTRUCCIÓN COLECTIVA
Conversaciones con Hugo Schwartzman

Edición del Cuerpo de Delegados

HUGO DANIEL SCHVARTZMAN nació el 10 de marzo de 1951 en La Paternal, Ciudad de Buenos Aires. Ingresó a la militancia como estudiante de la mano del Partido Revolucionario de los Trabajadores que lideraba Nahuel Moreno en 1970 y trabajó en distintas fábricas hasta que tuvo que exiliarse por la llegada de la dictadura militar en 1976. Viajó a Madrid (España) con su hija Elisa, y en la zona fabril del suburbio madrileño Getafe continuó trabajando como obrero metalúrgico y militando en la corriente internacionalista del Partido Socialista de los Trabajadores hasta que retornó a la Argentina en 1982. Elisa convivió con su padre hasta 1990, cuando ella viajó a España nuevamente.

Durante varios años fue delegado metalúrgico de la fábrica Alce de la Capital Federal, donde siempre tuvo en cuenta las reivindicaciones de las mujeres trabajadoras. En 1989, el cierre de la fábrica de ventiladores lo expulsó a la desocupación, y la precarización de las agencias de empleos lo obligó a cambiar de rubro laboral. Llegó al transporte impulsado por otros compañeros de militancia e ingresó a la línea 146 desde donde pasó a la línea 60.

Junto a su mujer María Cristina y su hijo Juan Mateo formó una familia establecida en la Capital primero y luego en el Tigre y en el delta del Paraná. Viajó a su trabajo durante seis años con un bote a remo, hasta que se compró el motor Villa isleño y luego un pequeño equipo Mercury fuera de borda. Hasta su fallecimiento el 29 de febrero de 2016 participó de la lucha político gremial como delegado ante la Unión Tranviarios Automotor.

Lo llamaron *Hugo, el Judío de la 60*. La patronal supo de su fino olfato clasista. En el sindicato de la actividad buscaron segregarlo. Sus adversarios políticos y gremiales lo respetaron como un líder de la clase obrera y sus pares lo consideraron uno de los indispensables compañeros de ruta. Los trabajadores del gremio buscarán continuar con su legado ejemplar.



ALEJANDRO ULLOA nació el 3 de abril de 1950 en Costa Rica y vivió siempre en la Argentina. Lo llaman *El Gitano*. Colabora en forma sistemática acompañando la actividad que llevan adelante el sindicato del Subte y la UOM de Villa Constitución. A los sesenta años entró a trabajar en la agencia Télam, donde fue fundador y soporte de la agrupación La Gremial de Prensa hasta su jubilación, y continúa esa actividad después del retiro.

Con Hugo y otros compañeros de similar pertenencia clasista recorrieron caminos paralelos en la militancia y coincidieron en la necesidad de procurar herramientas para resistir los permanentes intentos de las patronales por imponer planes de aumentar su ganancia. Este libro lo tiene como autor, pero son los trabajadores de la línea 60 los verdaderos dueños del contenido, y es la memoria de Hugo Schwartzman lo que sostiene la hermandad de quienes sostuvieron el proyecto desde el Cuerpo de Delegados de la línea 60.



1. Introducción

Este libro pretende recoger la historia vigente de una conducción obrera organizada, la del Cuerpo de Delegados de la línea 60 de colectivos, **una representación gremial de 1.500 trabajadores que se fue construyendo y redondeando con la propia acción, por prueba y error ante la realidad, pero también apoyada en conocimientos y prácticas previos.** Su máxima expresión fue el compañero Hugo Schwartzman.

Entre 2005 y 2015 fue el delegado con más influencia entre sus compañeros. Lo sucede en la conducción un amplio equipo que durante su enfermedad tomó la posta sin dudarlo. Son los cabezas de serie de **Al Volante**, una nutrida agrupación de activistas de base que enarbola las banderas que Hugo levantó con su accionar cotidiano.

El Judío no nació de un repollo. Fue un militante formado por años de activismo consciente en la corriente morenista del trotskismo que se fundió en las raíces del movimiento obrero hasta ser parte indisoluble de la masa proletaria. Hugo trabajó, trabajó, y trabajó como millones de laburantes en todo el mundo. Y allí entendió los códigos de la realidad cotidiana del trabajo. El más importante de todos ellos es **la excepcionalidad de la lucha abierta.** Hugo nunca luchó por sentir el placer de hacerlo, siempre lo hizo apoyado en el grado de conciencia de sus compañeros.

Tenía obsesión por medir esa conciencia en su base material, observaba la conducta patronal, seguía con pasión la política, gestionaba sobre las contradicciones de los dirigentes sindicales, como las peleas de Palacios con sus sucesores. Rechazaba la idea de presentarse como “luchador” porque sí, aunque fuera el más decidido de todos.

La democracia obrera no fue un juego de simulación para Hugo. Entendió que no es buena la hegemonía de un grupo o sector, y sí lo es la representatividad más amplia. Nunca repudió a nadie, siempre se destacó por pedir una nueva oportunidad para todos. En el libre juego interno de personalidades, corrientes, sectores, turnos y oficios de trabajo, a la hora de armar una lista siempre trató de que todos entraran, que todos estuvieran y se sintieran representados. Bromeando, solía decir **“todos adentro, que afuera hace frío”**. Sin embargo, a la hora de las apuestas fuertes, los hombres que prefería Hugo tenían una condición moral distintiva: nunca venderse. **“Si ninguno tiene precio, no nos pueden vencer”**, una verdad que, de tan obvia, a veces va al desván del olvido.

Tras la dispersión del Movimiento al Socialismo en una larga lista de partidos, grupos y tendencias, Hugo fue repudiado en esos agrupamientos por “sindicalero”. Quedó “por fuera” de toda actividad “partidaria”, pero continuó fiel al método de un trotskismo obrero comprometido con el camino de la acción de masas que enfrenta al sectarismo de los pequeños grupos que no tienen pretensiones de modificar la realidad.

Su obstinamiento clasista lo llevó a continuar con su propia odisea para convertir a la línea 60 en un bastión de la lucha contra las patronales. De hecho, planificó su mudanza a la isla del Tigre como una concesión a su gusto por la naturaleza, pero fundamentalmente porque en las cabeceras de Zona Norte, en Rincón e Ingeniero Maschwitz, trabaja la mayoría del personal de la línea.

Muchas luchas de trabajadores explotan con carencias organizativas o de unión entre los compañeros. A simple vista, es por la urgencia que la prepotencia patronal impone. A veces las condiciones no dan. A veces son las conducciones gremiales las que no están a la altura de las circunstancias. Insaciables, las empresas no se conforman con llevársela “en pala” y quieren siempre más. La

indignación estalla, pero luego el orden capitalista vuelve a sembrar el miedo y se retorna a la normalidad de agachar la cabeza. Y vuelta a empezar, dos o tres casilleros más atrás en el juego de la vida. Pero hay mucho más para el análisis, y Hugo buscaba desentrañarlo.

Las expresiones sindicales combativas se caracterizan por su contundencia pero también por su fugacidad. El estallido de bronca que generan las ofensivas empresarias contra los derechos de los trabajadores casi nunca encuentra el soporte organizativo suficientemente amplio y duradero como para sostener la actividad gremial en el tiempo, cuando se apagan los reflectores del sindicato, del Ministerio, cuando se dan los despidos, cesa el conflicto y ya no llegan los apoyos solidarios a la puerta de la empresa. **La primera cuestión a resolver es la continuidad de los puestos de trabajo, precio que a menudo debe pagar el activismo más consecuente.**

La 60 lleva más de una década de frenar las ambiciones patronales en la puerta de los derechos de los trabajadores. **Hay que observar qué es lo que están haciendo bien que les permite sostenerse en el tiempo.** Trabajadores de todo el país deben conocer cómo hicieron lo que hicieron para mantenerse. Lo más elemental, el trazo grueso del aprendizaje, lo contó Hugo para que fuera escuchado, leído. Ese relato es el sujeto de este libro.

Hugo, el Judío de la 60

Los trabajadores de la línea 60 de colectivos llevan más de una década de frenar las ambiciones patronales en la puerta de los derechos de los trabajadores. Hay que observar qué están haciendo bien que les permite sostenerse en el tiempo. Trabajadores de todo el país deben conocer cómo hicieron lo que hicieron para mantenerse.

Este libro es una construcción colectiva que comenzó a ser una realidad cuando Hugo necesitó que su posición político gremial trascendiera su tiempo de vida. Durante las grabaciones que dieron origen a estos textos, Hugo quiso ser *El Judío de la 60*, quiso confirmar sus recuerdos y sus posiciones con la memoria de sus compañeros más allegados. Hubo varias maravillosas sesiones de grabación, entre risas y nostalgias, con deseos y esperanza.

Quiso que en estas páginas se escucharan las voces más agresivas contra sus posiciones, los acuerdos y desacuerdos lógicos de la vida en movimiento, esa que Hugo amaba por él y por los demás. Un hombre con fuertes posiciones polémicas alrededor de las cuestiones del armado político sindical y las tácticas y estrategias que lo rodean, nunca hubiera admitido la unanimidad, ni es la pretensión de este libro.

Las páginas que siguen son fragmentos armados sobre un pensamiento colectivo que esperamos sea entendido como una tarea planteada para los militantes que vean la necesidad de aprender a pensar sobre las cuestiones actuales del sindicalismo real, y como una plataforma abierta para ser completada por la historia y plasmada en las nuevas ediciones que serán el resultado del camino que esta primera edición recorra, por conflictos, reuniones, presentaciones, congresos, y todos los lugares donde la vida del movimiento obrero y su resistencia transcurre. Ese será el mejor homenaje al compañero, nuestro tributo a la construcción colectiva.

ISBN 978-987-46214-1-2



9 789874 621412

